

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 160

25 cts

11 MARZO
1928

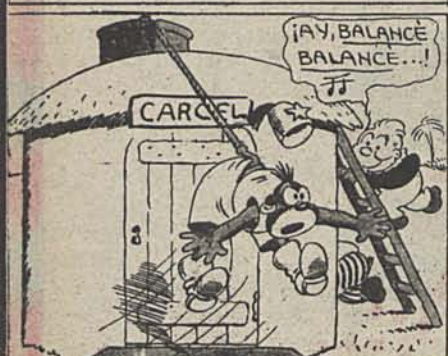


— ¡QUE HERMOSO ES EL CAMPO, CAÑAMÓN!
— SÍ, PERO ME GUSTARÍA MÁS SI EN EL HUBIERA CINES, TEATROS
Y TRANVIAS.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



LOS PESCADORES DE LA BRETAÑA

CUENTO POR EMILIO SALGARÍ

(Continuación.)

¿Dónde se oculta durante todo ese tiempo? Nadie ha podido averiguarlo; pero se supone que permanece en aguas muy profundas, adonde no llegan las redes ni los sedales de los pescadores.

Lo cierto es que después de la temporada de pesca grande no se ven sino muy raras veces y casi siempre aislados.

Otros majales, en lugar de dirigirse hacia las costas americanas, van a refugiarse a los golfos de Islandia y Noruega, donde se pesca también bacalao en cantidades enormes.

Pero la pesca grande la más productiva, la que atrae todos los años verdaderas flotas de barcas y buques pesqueros, es la que se hace en los bancos de Terranova.

Ya estaba la chalupa a tres o cuatro kilómetros de la *Josefina*, cuando Bauchet la detuvo y examinó detenidamente las aguas, clarísimas allí y poco profundas, e hizo un gesto de satisfacción.

—Buena pesca se nos presenta, Ricardo —dijo—. Hay aquí más de lo que yo esperaba.

Extendieron los sedales y comenzaron a arrojarlos al agua. Eran cuerdas de trescientos a cuatrocientos metros de largo, sostenidas de trecho en trecho por unos flotadores de corcho y provistas de anzuelos en los que iban ensartados trozos de tripas de bacalao.

Acabada la operación, esperaron a que los peces acudieran al engaño. Era cosa de unos minutos tan sólo, pues el bacalao está dotado de una voracidad increíble.

Los sedales movíanse y por todas partes se observaban sacudidas. Los peces, hambrientos, se precipitaban tumultuosamente y quedaban prendidos en los anzuelos.

—Ya tenemos para la lancha de Carlòs —dijo el pescador—. Vamos a llevar la chalupa llena.

Comenzaron entonces a retirar los sedales. Los peces, una vez desprendida la cabeza, eran arrojados sobre la tablazón de la lancha.

Llevarían cogidos unos ochenta, cuando Bauchet lanzó un grito de rabia.

—¿Qué sucede, padre? —preguntó Ricardo.

—¡El *poudrin* que se nos echa encima! —respondió el pescador con voz ronca.

La neblina, tan distante hacía poco más de una hora, avanzaba hacia ellos con velocidad vertiginosa. El

viento había saltado de pronto al Norte y la impelia hacia el Sur.

Ya no se veía el extremo del banco, ni tampoco algunos de los barcos pesqueros.

—Pronto, recojamos los sedales —ordenó el pescador—. Hemos perdido el día.

—¿Nos dará tiempo, padre?

—No podemos dejarlos aquí; son del patrón y valen dinero. Vamos, Ricardo, hay que darse prisa.

Precipitadamente comenzaron a retirarlos sin hacer caso de los peces enganchados en los anzuelos. Ya habían arrollado uno de ellos, cuando una fuerte oleada levantó la lancha, sacudiéndola vigorosamente, y de pronto encontráronse envueltos en una niebla densísima y blanca como la leche que no les dejaba distinguir nada.

El banco, las montañas de Terranova y los buques, todo había desaparecido de golpe.

Bauchet se puso lívido. ¿Cómo regresar al barco con aquellas masas de vapor que no permitían orientarse lo más mínimo? ¡Si al menos tuvieran una brújula! Pero esta precaución se les había olvidado.

—Dejemos los sedales y tratemos de dirigirnos hacia el banco —dijo Bauchet, que comenzaba a sentirse invadido de siniestros presentimientos—. Si no podemos llegar a la *Josefina*, a lo menos encontraremos refugio en cualquier otro buque.

Cortaron los sedales, pusiéronse a los remos, y con toda presteza dirigieron la lancha hacia donde suponían que se hallaba anclada la flotilla de los pescadores.

El viento se hizo de pronto duro y muy frío, y del Atlántico llegaban de vez en cuando enormes olas que sacudían brutalmente la lancha.

Los dos desgraciados remaron durante varias horas, lanzando a intervalos desesperados clamores de socorro.

A cada momento se les figuraba distinguir de pronto a través de la niebla el casco de algún buque; pero sólo para desvanecerse al punto sus esperanzas.

Comenzaba a anochecer, y el frío se hacía vuelto tan intenso, que Ricardo sentía encogersele la piel, a despecho del fatigoso remar.

De repente, Bauchet cesó de dirigir la lancha y clavó en su hijo una mirada vaga, llena de terror.

—¿Qué te pasa, padre? —preguntó el muchacho.





—Me temo que nos hayamos equivocado de rumbo —dijo con voz sofocada.— A estas horas ya debíamos haber encontrado los barcos de la flotilla y aún teníamos tiempo de haber tocado en la isla.

—¿Quieres decir entonces que nos hemos perdido entre la niebla?

Bauchet no se atrevió a decir que así era, en efecto, por desgracia.

—Padre —dijo finalmente Ricardo, después de un prolongado silencio— ¿es que las olas nos han arrastrado a la deriva en vez de acercarnos al barco?

—Es posible que, sin querer y sin darnos cuenta, hayamos dado la espalda a la flotilla pesquera.

Casi en el mismo momento, como para confirmar tal suposición, oyeron a lo lejos un cañonazo, y el sordo retumbo procedía de detrás de ellos.

Era el crucero de la marina de guerra encargado de escoltar la flotilla de los pescadores, que llamaba a recogerse las lanchas retrasadas, extraviadas entre la niebla.

—¿Habrán disparado por nosotros? —preguntó Ricardo.

—De seguro —respondió el padre.— El capitán de la *Josefina* habrá advertido de nuestra desaparición al comandante del crucero.

—Debemos de estar muy lejos del barco. El tiro se ha oído muy débil. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Esperar el alba. El viento puede volverse todavía y empujar el *poudrin* hacia el Norte.

—¿Y pasaremos la noche así, con este frío?

—Remaremos hacia donde ha sonado el cañonazo mientras las fuerzas nos sostengan.

Tomaron de nuevo los remos para bogar en dirección opuesta.

Unas veces sobre la cresta de las olas, otras hundidos en sus profundos pliegues, Bauchet y su hijo trataban de distinguir algo a través de la oscuridad que ya les envolvía por todas partes, sin ver otra cosa que agua y niebla, y siempre lo mismo.

El infinito estaba frente a ellos y bajo sus pies.

Las horas se sucedían lentamente. La oscuridad era cada vez más intensa y el mar no cesaba de agitarse en oleadas furiosas.

Oíanlas llegar sin que fuera posible verlas, acompañadas de mugidos prolongados, y luego se sentían despedidos de improviso hacia lo alto, para caer de nuevo a plomo.

Ya no seguían remando. Ricardo, menos fuerte que su padre, estaba encogido bajo el banco de proa; le castañeteaban los dientes de frío y murmuraba de cuando en cuando:

—¡Mamá, mamá! ¿Dónde estoy? ¿Adónde vamos? Y vuelto a la realidad por la vibración de su propia voz, juntaba las manos, dirigía a lo alto sus ojos bañados en lágrimas, y con voz humilde y temblorosa ofrecía a Dios las ingenuas y sencillas plegarias que el cura le enseñara en la pequeña iglesia de la aldea nativa.

¡Oh, esas oraciones aprendidas cuando niños, cómo las recuerdan los marineros! ¡Cómo las murmuran en los momentos de peligro! ¡Cuánta fe ponen en su eficacia, por muy endurecidos y escépticos que sean!

Habían transcurrido varias horas más, cuando el muchacho, que sentía helársele los miembros, materialmente cortados por el viento frío que se remolinaba entre la niebla, dijo:

—Padre, no puedo más. Parece que tengo un pedazo de hielo en lugar de corazón.

Bauchet, que iba sentado a popa, lanzando alrededor miradas de desesperación, cogió su cantimplora, que contenía aún algunas gotas de ron, y la acercó a los labios de su hijo, diciéndole con voz entrecortada:

—¡Bebe, pobre Ricardo mío! ¡Esto te dará ánimos y te hará entrar en calor!

Después, quitóse el grueso chaquetón de paño y lo puso sobre sus hombros, añadiendo.

—Yo estoy ya acostumbrado al frío y me puedo aguantar. Prueba a descansar un rato.

El muchacho acabó por amodorrarse.

Bauchet, entretanto, vigilaba, y bien tenía por qué. Las olas, cada vez mayores, arrojaban dentro de la lancha frecuentes rociadas, que fustigaban el rostro del pescador y aumentaban el peso de la embarcación.

Era necesario achicar aquella agua.

El pescador se multiplicaba, temeroso de que la lancha se llenara poco a poco y acabara por hundirse.

Se había quitado los pantalones, y atándolos por la parte inferior de los pernils con una cuerdecilla, se servía de ellos como de dos cubos gemelos para verter el agua embarcada.

Cuando comenzaba a despuntar la claridad del día, Bauchet observó que el pobre Ricardo estaba delirando.

—¡Madre, madre mía! —murmuraba.— Fécamp... Ya veo el campanario... y allí vienen mis hermanos... Aprieta, preparad la sopa de cebollas para papá... ¿No sabéis? Traemos mucho dinero... Carlos, para tu lancha... Nos lo hemos ganado en los bancos...

Bauchet lo miraba con lágrimas en los ojos.

(Concluirá en el número próximo.)





DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO





EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación.)

La aventura de la cesión merece ser relatada, tanto más cuanto que tuvo una segunda parte, que no dudamos en considerar como decisiva en los acontecimientos futuros.

El yate de mister Shaw, que entonces llevaba el nombre de *Estrella de la Unión*, después de una travesía sin notables incidentes por el Océano Pacífico, encontrábase apenas a ochenta millas de las costas australianas cuando fué abordado por uno de aquellos pequeños, pero formidables, barcos que por su forma característica se distinguen en seguida como torpedero de alto bordo.

No llevaba bandera alguna en sus palos ni podía adivinarse a qué nación pertenecía.

El torpedero disparó un cañonazo con pólvora sola para obligar al yate a detenerse y le presentó su proa aguda y armada de tubos lanzatorpedos.

La *Estrella de la Unión*, comprendiendo el peligro a que se exponía si emprendía la fuga, disminuyó en seguida la velocidad y quedóse parado a pocos metros del barco de guerra.

Los capitanes de los dos barcos estaban en pie en sus respectivos puestos de mando y se observaban con atenta curiosidad.

El del yate, después de consultar brevemente con un caballero buen mozo y robusto que tenía al lado, tomó la palabra, diciendo:

—¿Qué es lo que quiere?

—Saber de quién es este barco —contestó el comandante del torpedero.

El caballero buen mozo y robusto contestó:

—Es mío.

—¿Es vuestro?

—Sí.

—¿Y usted quién es?

—Soy Arturo Willian Shaw, multimillonario americano, para servirle.

—Muy bien.

—¿Cómo?

—He dicho muy bien.

—¡Ah!... ¿Y usted quién es?

—Uno a quien le gusta extraordinariamente su *Estrella de la Unión*.

—¡Diablo! No tiene usted mal gusto

—Eso ya lo sabía.

—¿Entonces?

—Entonces, mi querido señor Shaw, haga usted el favor de cederme su yate.

—Mister, ¿está usted loco?

—Nada de eso; hablo con toda cordura.

—¿Quiere usted mi yate?

—Sí, señor.

—¿Pero no sabe que me ha costado doscientos mil dólares?

—Me conviene.

—¿Es que piensa usted pagármelo?

—Nada de eso.

—¡Oh!

—No se lo pagaré, porque usted me lo regalará.

—¿Gratis?

—Sin que tenga que desembolsar ni un solo céntimo.

—¿Está usted de broma, querido señor incógnito? Aunque sea riquísimo, no tengo la costumbre de hacer tales regalos.

—Pues bien, esta vez hará usted una excepción a favor mío.

—¿Y si me negase, como tengo derecho a ello?

—Sabría obligarle a ello.

—¿De qué modo?

—Metiendo en el cuerpo de su barco un torpedo de unos cinco metros de largo, que les haría saltar a todos por el aire y después les dejaría para pasto de los peces.

—¿Qué abuso es éste? ¿Con qué derecho hace usted esto?

—Con el derecho del más fuerte.

—Todo el mundo civilizado se pondrá frente a ustedes.

—Perfectamente; pero yo me río del mundo civilizado. Somos dueños del océano y no tenemos miedo a nadie.

—Pero, ¿quién es usted?... ¿Quiere decirme su nombre?

—Que, ¿quién soy?... Somos los ex inquilinos de Nou, aquellos seis caballeros que se escaparon el 28 de mayo del pasado año de Nueva Caledonia, metiéndonos en el bolsillo... es decir, apoderándonos de un solo golpe del famoso torpedero inglés que estaba en el puerto de Numea. ¿Quiere saber nuestros nombres? En seguida le contestaré. Este que está a mi lado se llama Maurical; aquel que lleva el timón es Guillermo Jones, el más valiente timonel del mundo, capaz de guiar toda una flota entre infinitos escollos sin perder ni un hombre ni una lancha. En cuanto a mí, soy simplemente Collap, lugarteniente del capitán Rodolfo de Barenval, antes el número 2.117, nuestro querido jefe, príncipe de Tomini, almirante y comandante del celebre *Torpedero de presa*, que en este momento se encuentra en París, en donde tiene, al parecer, negocios importantes. Y ahora que ya sabe todo lo que quería saber, le concedo cinco minutos para decidirse: o me entrega la *Estrella de la Unión* o saltan por el aire como el tapón de una botella de champaña. ¡Y le aseguro que cumpliré lo dicho!...

Excusado es decirlo, amigos míos, que el excelente multimillonario americano, puesto en aquella dolorosa alternativa, decidióse sin dudar un momento a la cesión de su espléndido yate.

Inmediatamente, una parte de la numerosa tripulación del torpedero trasbordó a la *Estrella de la Unión*, y mister Shaw con todos sus marineros pasó a bordo del buque de guerra para ser transportado a un punto desierto de las costas australianas.

Poco después el torpedero de presa, al mando de Collap y gobernado por un marino inglés, tomó rumbo a Australia, y la *Estrella de la Unión*, cambiando de rumbo, se dirigía hacia San Francisco de California bajo el hábil mando de Guillermo Jones.

Durante el viaje, el astuto marinero hizo sufrir al magnífico yate unas cuantas transformaciones que le hacían a primera vista incognoscible, e izó en la popa la nueva bandera descrita por nosotros más arriba.

Desde San Francisco de California, en poco más de quince días, Guillermo Jones pasó a Europa y marchó a París, donde dió cuenta de todo lo acaecido a Rodolfo de Barenval, quien le confió la comisión que ya conocemos cerca de la familia Touchet.

De este modo, a fuerza de audaces golpes de manos, se enriquecía la flota de la Soberanía de Tomini.

Al poner el pie en el puente de la antigua *Estrella de la Unión*, después de tantos días de ausencia, Guillermo Jones experimentó un sentimiento de alegría, y pensando en la incruenta aventura que había puesto en sus manos el hermoso barco, preguntóse:

—¿Qué le habrá pasado a mister Shaw, su legítimo propietario?

Encogióse de hombros con indiferencia, murmurando:

—¡Qué me importa! Ahora lo preciso es hacer rumbo hacia Monte Rey, pues el encuentro del almirante Wilson y del ahumado malayo no resulta muy tranquilizador. ¿Quiénes serían los dos europeos que les acompañaban?... Me parece que las cosas se van complicando... ¡Ea, ea, en marcha!

Dió órdenes de encender las calderas y de prepararse para la salida del puerto; entretanto, fué a sentarse en el puente, apoyando un brazo en la borda y la cabeza en la mano.

Por fin, el yate soltó las amarras y se puso en movimiento, dirigiéndose a Golden-Gate, la magnífica Puerta de Oro que cierra la bahía de San Francisco.

En el momento en que atravesaba el estrecho canal, otro barco se cruzaba a pocos metros de distancia con el yate, y Jones que le miraba con curiosidad, pero sin interés alguno, leyó en la proa este nombre: *Australia*.

—¡Toma! —exclamó.— Un vapor que hace el servicio entre los Estados Unidos y Australia, en donde mister Shaw...

Junto a la borda derecha del *Australia* un hombre robusto y buen mozo, gesticulaba furiosamente, señalando al yate y gritando:

—¡Pare, pare!... Es la *Estrella de la Unión*, la conozco perfectamente; ¡es mi barco, el yate que me roban aquellos...! ¡Pare, pare!...

Guillermo Jones saltó en pie aterrado, y mirando atentamente al energúmeno, que seguía gesticulando y gritando, dijo:

—¡Demonio!... Es el propio señor Shaw en persona, el propietario del yate... No hay que perder momento...

Y, lanzándose al telégrafo de las máquinas, ordenó:

—En marcha, a todo vapor, no importa que exploten las calderas...

La vía estaba libre; más allá del estrecho brazo de mar, encerrado entre las dos costas vecinas, abríase el inmenso océano.

Y el veloz yate se echó en él todo vibrante, impetuosamente, cual fantástico corcel.

El multimillonario Shaw, en pie en el *Australia*, furioso y amenazante, con el puño tendido sobre el fugitivo, le gritaba:

—¡Ladrones, piratas!... Os sabré encontrar, aunque tuviese que lanzar contra vosotros toda la flota de los Estados Unidos. ¡Ay de vosotros!...

Pero Guillermo Jones no podía oírlo siquiera; estaba muy lejos.



VI

A orillas del Pacífico.—Rumores misteriosos.—Un diálogo revelador.—Tres faroles.—Una terrible lucha.—La señal de Jones.—¡Vencedos!—Sir Baker se desenmascara.—¡Pobre Maud!—La tremenda resolución del almirante Wilson.

Al anochecer del 8 de noviembre la tropa de los *bushrangers*, sir Baker, Maud y el señor Touchet llegaron a orillas del Pacífico, a unas cuantas millas al sur de Monte Rey, en un lugar lleno de escondrijos, llamado *Little Rocks*, entre los pueblos de González y San Antonio.

Allí se acuartelaron los bandidos, colocando a los prisioneros entre las rocas, hacia el mar, y ellos se pusieron de guardia, dispuestos a rechazar cualquier probable asalto.

Todo hacía creer, no obstante, que no había temor de ninguna sorpresa desagradable; tan tranquilo y desierto parecía el lugar.

Sólo el monótono rumor de las olas que iban a romperse contra la arena de la breve playa interrumpía el silencio de aquella hora.

Unas gaviotas, volando desde las rocas, alejábanse hacia la zona roja del sol, ya baja la línea del horizonte.

A poco rato, el rojizo resplandor de la puerta se apagó, la tierra se fué cubriendo de densas sombras y el cielo poblóse de estrellas, veladas de un ligero manto de neblina.

Maud Campbell estaba callada, presa de una vaga tristeza, y sir Baker echaba a cada instante miradas llenas de ansiedad hacia el mar, murmurando de cuando en cuando:

—No se ve nada... y, sin embargo, tenía que estar aquí ya con el yate...

Pasó una hora.

De pronto oyéronse a lo lejos, de parte de tierra, unos relinchos en medio de un débil y confuso gelopar.

En seguida los *bushrangers* se pusieron en guardia, escuchando.

El rumor continuaba, pero siempre muy confuso.

Entonces, el jefe de la banda se puso en pie y dijo:

—Esperaos aquí callados y vigilantes, mientras yo voy a ver qué pasa.

Y desapareció deslizándose encorvado entre las rocas, callado cual un fantasma.

Anduvo de este modo durante un cuarto de legua, y después se detuvo y aguzó el oído.

Oyó una voz enérgica que preguntaba:

—¿Y dices que están escondidos allí?

—Sí, señor oficial —contestó otra voz, algo tímida.

—¿Cuándo los has visto?

—Hará unas dos horas; iba a mi cabaña de la playa, donde marchó todos los días a recoger ostras y mariscos.

—Adelante.

—Sí, señor oficial. Les he visto, y como miraban en torno, desconfiados, me escondí.

—¿Tuviste miedo?

—Sí.

—¿Tenían el aspecto muy terrible?

—Ya lo creo.

—¿Los has contado? ¿Cuántos eran?

—Once hombres y...

—¿Y qué?...

—Y una mujer.

—¿Era rubia?

—No lo sé.

—¿Cómo?

—No lo sé, porque llevaba la cabeza tapada con la capucha de una gran capa.

—¿Y crees que siguen entre las rocas?

—Estoy seguro de ello.

—¿Sabes quiénes son?

—No señor.

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y DON TURULATO



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¡TODO, DE-
PRISA!

¡TODO,
DE PRISA!

¿QUIEREN
USTEDES
LENA?

¡TODO,
DE PRISA!

¡HAN LLA-
MADO!

¡VOY A VER
QUIEN ES!

¿AQUÍ TIENE US-
TED LA LENA QUE
ME HA DE-
DIDO!

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡QUE DÍA MÁS
MALO HE TENIDO
HOY! ¡NO HE PODI-
DO HALLAR NI UN
TROCITO DE PAN
NI UN POCO DE
LENA!

¡ATIZA
QUE BORRA
CHERATIE-
NE ESE!

¡BUE... ENAS
NOOO... CHES!

¡VEAMOS
LO QUE
PASA!

¡AY!

¡TOMA
POR SIN-
VERGÜEN-
ZA!

¡ATIZA
QUE BORRA
CHERATIE-
NE ESE!

"A, RIÓ RE-
VUELTO, GA-
NANCIA DE
PESCADO-
RES"

¡AHORA VEN-
DERÉ ESTO
Y SACARE
PARA DO-
DER CE-
NAR!

¡POR AHÍ PA-
RECE QUE ME
TRAEN CO-
MIDA!

¡ALGO DURO ES-
TA ESTO, PERO
NO HAY OTRA
COSA!

¡NUNCA SE
DEBE PERDER
LA ESPERAN-
ZA EN LO IM-
PREVISTO!

¡DESOCUPARE
EL TALEGO PA-
RA CLASIFICAR
SU CONTENIDO!

¡HORROR!

CUENTOS DE CALLEJA

LA FLOR MARCHITA

Castillo

UN angelito del cielo bajó un día a la tierra a jugar con un niño que era muy bueno, y le dijo, entre otras cosas:

—Cuando un niño se muere, un ángel baja a la tierra, coge al niño muerto en sus brazos, abre las hermosas alas que Dios da a todos los ángeles, recorren los lugares que el niño ha preferido, y hacen un gran ramillete de flores. Esas flores las llevan a Dios para que Él las haga refloreceder allá arriba más hermosas que en la tierra. Coloca Dios las flores sobre su corazón, y luego las besa para que sean felices los padres y los amiguitos de los niños buenos. Después se van volando por encima de los lugares en que el niño ha jugado, que se convierten a sus ojos en hermosos y envidiables jardines, sembrados de brillantes y perfumadas flores.

Se murió un niño, y el ángel le preguntó:

—¿De qué flores llevaremos para plantar en el cielo?

No lejos de ellos había un rosal magnífico; pero una mano malvada había roto el tallo, de modo que las ramas, cargadas de botones, colgaban y se secaban, faltas de savia y de vida.

—Pobre rosal —dijo el niño—; cógele, que, en el cielo, junto a Dios, florecerá de nuevo.

El ángel cogió el rosal. Abrazó al niño, que entreabrió los ojos, y cogieron otras muchas flores, todas muy bonitas, entre ellas una rama de las llamadas «Diente de león», tan desdeñada por algunos, y una mata de pensamientos silvestres.

—Ya tenemos bastantes flores —dijo el niño.

Y el ángel hizo una señal de asentimiento; pero no volaron hacia el cielo.

Acercábase poco a poco la hora en que el sol se oculta y la tierra se cubre de sombras; por todas partes reinaba el silencio más profundo; pasaron por enci-

ma de una ciudad y de una calle pequeña, oscura y estrecha, en la que había un montón de pajas viejas, de cenizas y barreduras. Eran los restos de una mudanza de casa; los platos rotos, los pedazos de estatuas de yeso, esparcidos acá y allá, y los andrajos regados por el suelo, ofrecían un aspecto bastante desagradable.

El ángel enseñó al niño, en medio de aquellos restos, los de un tiesto de flores; un pedazo de tierra se había separado de él y guardaba aún algunas raíces de una flor silvestre, marchita y mezclada con la basura.

—Llévemola —dijo el ángel—; por el camino te diré por qué.

Se levantaron por el aire, y el ángel dijo al niño:

—En esa calle sombría, estrecha y malsana, vivía en una habitación humilde un pobre muchacho enfermo. Desde pequeñito estaba en la cama; cuando se encontraba mejor, daba algunos paseos por la salita con ayuda de unas muletas, y esto era todo lo que podía hacer. En verano los rayos del sol alumbraban un ratito aquella miserable morada, y entonces el muchacho se calentaba al sol, miraba circular la sangre roja por sus dedos

delgados y diáfanos, y decía: «Hoy, a Dios gracias, he podido salir.»

Después de la visita del sol, lo que más agradecía el muchacho era la visita de sus amiguitos, que iban a verle para que jugase con ellos y no echara de menos la agilidad de sus enfermas piernecitas.

Esa era una de las cosas que llenaban de viva alegría su corazoncito.

Cuando alguno de sus amigos subía la escalera para ir a visitarle, de tal modo se fijaba, que por el modo de pisar le conocía.

—Ese es Carlitos —decía—; le conozco en que, como es tan vivo de genio, sube las escaleras corriendo y de dos en dos.





—Ese otro es Paquito; ése es más paciente y sube las escaleras muy despacio.

—Ahora viene Juan, el de la portera; ése es fácil de reconocer, porque es más chiquitín y pisa menos fuerte.

Para todos tenía frases de cariño, y jamás envidió la libertad de los demás a quienes Dios había concedido facultad de trasladarse de un punto a otro y ver aquel mundo que apenas adivinaba a través de su ventana.

Junto a su sillón de enfermo, sobre una mesa, se encontraban varios libros en que el niño aprendió a leer. En ellos se hablaba de las maravillas de la Naturaleza creadas por la mano de Dios, y el niño saboreaba aquella lectura con delicia, pensando que, ya que no podía ver tantas bellezas, se le otorgaba por el Todopoderoso la facultad de saber que existían y aun de conocerlas por las descripciones de los libros. Estos eran para él otros tantos amigos que le acompañaban cuando estaba solo, y en sus bien escritas páginas se entretenía, remontándose su fantasía a regiones más puras, donde las enfermedades no suelen hacer mella.

Como no había salido nunca de casa, sólo conocía por el relato de sus amigos el verdor de los bosques, la belleza de muchos panoramas y el esplendor del cielo azul, del cual únicamente veía el pequeño trozo que limitaba el marco de su ventana.

Un amiguito suyo le regaló un pajarito, al que daba de comer en su mano, y al que siempre estaba acariciando. Era un precioso jilguero que no sabía separarse del pobre enfermito, posándose sobre sus hombros y dándole inofensivos picotazos en la carita.

Por las mañanas alegraba con sus gorjeos la humilde habitación de su amito, y desde la ventana a la cama iba en continuo vuelo, como queriendo llevarle el aire, la luz y la vida de que se impregnaba su lindo cuerpecito.

Un día del mes de abril, uno de sus amigos le llevó algunas flores del campo, de las que una, por casualidad, conservaba las raíces. Plantóla en un tiesto, que colocó luego en la ventana,

cerca de su cama. Sembrada por una mano inocente, pronto retoñó, produciendo nuevas y hermosas flores. Era éste el jardín de aquel pobre niño y el único tesoro que poseía sobre la tierra; le regaba, le cultivaba cuidadosamente y le colocaba todos los días de manera que no perdiese uno solo de los pocos rayos de sol que penetraban en su alcoba.

Así se desarrollaba y embellecía la flor con sus solícitos cuidados; florecía para él, para él derramaba sus perfumes y por él estaba orgullosa.

Cuando Dios creyó llegado el momento de llevar a la gloria al pobre niño, éste, antes de subir al cielo, se inclinó hacia el tiesto y besó la flor, y dirigiéndose hacia su pajarito, lo acarició. Hace hoy un año que el niño está con Dios, y hace un año también que la flor, olvidada en la ventana, se ha secado, y que el jilguero murió de pena y de abandono.

Esta pobre flor marchita y olvidada que hemos recogido en nuestro ramillete es la misma que dejó el niño enfermo al morir y ha causado al ángel que la cuidaba muchísima más alegría que la flor más hermosa del jardín de una reina.

—Y tú ¿cómo sabes eso? —preguntó el niño.

—Lo sé —repuso el ángel— porque era yo ese muchacho enfermo que andaba con muletas. Reconozco perfectamente mi flor.

Abrió el niño todo lo que pudo sus ojos y miró el rostro iluminado y magnífico del ángel.

En aquel momento entraron en el cielo del Señor, donde la alegría y la felicidad son eternas.

Cuando Dios hubo estrechado contra su corazón al niño muerto, le dió alas como al otro ángel, y, cogidos ambos por la mano, volaron juntos.

Dios apretó sobre su corazón todas las flores que habían llevado, besó a la pobre flor de los campos, marchita, y las dotó a todas de voz para que cantaran con los ángeles.



FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—Vamos a hablar, si te parece, del mosquito. ¿Verdad que es raro el motivo de nuestra charla de hoy?

—A mí no me parece raro. En cambio, creo que un mosquito es una cosa muy interesante para el hombre. En ese diminutivo animalito, cuya trompetilla nos desvela muchas veces en el verano, hay bastante que estudiar. Y desde luego, bajo el punto de vista de la salud del hombre, un mosquito es una cosa muy seria.

—¿Muy seria dices?

—Como lo oyes. Un mosquito es una cosa muy seria. Pero no pongas esa cara de inquietud, porque no me refiero al mosquito común, que se mete intrusamente en tus habitaciones y en las mías. Me refiero a ciertos mosquitos de los países tropicales, que llevan en sus glándulas un líquido venenoso que produce a los hombres graves trastornos en su salud, cuando no la muerte, como ocurre en muchos casos.

—Nunca hubiera yo creído que la insignificante picadura de un mosquito pudiera acarrear tan terribles consecuencias. Háblame, querido buho, de esos enemigos nuestros, porque has acrecentado mi curiosidad de modo extraordinario.

—Como antes te he dicho, es en las regiones tropicales donde se cría este maligno insecto. El calor excesivo es un precioso ambiente para su vida. En realidad, no es el propio mosquito el que genera los microbios dañinos, sino un parásito suyo.

—Explicame qué es eso de parásito, amigo buho.

—Un parásito es un ser orgánico que vive asido a otro y se alimenta de la sustancia de éste. El mosquito, como casi todos los animales, soportan la vida de sus parásitos, y entre éstos hay uno que deposita sus huevecillos microscópicos en el cuerpo del mosquito. Estos huevecillos se introducen por estrechísimos conductos que van a parar a las glándulas venenosas, y viven de este veneno. Pero lo curioso del caso es que estos huevecillos no se desarrollan mientras están sumergidos en el líquido venenoso, sino que esperan el momento de verse en contacto con la sangre del hombre para desarrollarse y producir esa temible infección que se llama fiebre amarilla y que tantas vidas ha costado en los países que sufren este azote.

—Me has dicho que esos huevecillos necesitan para desarrollarse estar en contacto con la sangre humana, pero no me has dicho cómo llegan a ella.

—Por desgracia, bien fácilmente, querido Chonón. Cuando el mosquito clava su punzante aguijón en la piel del hombre para chu-

par la sangre de que se alimenta, suelta al propio tiempo una pequenísima cantidad del líquido venenoso de sus glándulas; y ahí tienes el vehículo que utilizan los huevecillos para pasar del mosquito a las venas del ser atacado.

—Lo comprendo perfectamente; pero necesito que para mi tranquilidad vuelvas a repetirme que aquí no corremos el peligro de vernos atacados por semejantes enemigos.

—El peligro de esa enfermedad que antes te he citado, no existe; pero, en cambio, hay otra cuyas causas también radican en el mosquito, y ése sí que abunda en ciertas regiones de nuestro suelo. Es el mosquito del paludismo o malaria. Esta dolencia no es, desde luego, tan peligrosa como la otra; pero también causa bastantes estragos en la salud.

—¿Y no hay manera de acabar con los mosquitos? Sería el medio mejor para poner nuestra salud a salvo de tanto peligro.

—Con la voluntad del hombre se resolvería el problema de la salud en cuanto ésta depende de la picadura del mosquito. Este animal deposita sus huevos en sitios donde hay aguas estancadas o vegetaciones podridas por la humedad. Los países que no atienden debidamente al saneamiento de los lugares donde desaguan ríos, acequias o alcantarillas, sufren los efectos de su desidia. La limpieza es el mayor enemigo de los mosquitos, y éstos huyen de aquellos sitios en donde no hay aguas sucias, ni residuos en descomposición y en donde todo está limpio. Puedo decirte que el mosquito es un parásito de la suciedad. Donde no hay nada sucio, no puede haber mosquitos.

—Pues yo creo que no costaría tanto limpiar las charcas de los campos.

—Mejor que limpiarlas sería hacerlas desaparecer. Cuando se emprendieron las obras del canal de Panamá era tanta la mortandad que se producía por la picadura de los mosquitos, que durante varias veces hubieron de suspenderse las obras. El gobierno de Norteamérica, preocupado por tan grave cuestión sanitaria, mandó desecar los pantanos y quemar todas las basuras y detritus, y desapareció el mosquito y sus funestas consecuencias. Como ya no tenía donde depositar sus huevecillos, sucumbió la especie.

—O sea que, muerto el perro, se acabó la rabia.

—Eso es. Y por hoy se acaba también nuestra charla. Me parece que es ya tarde.

—Sí, amigo buho; la hora de irse.

—Pues hasta otro día, amigo Chonón.

—Hasta otro día.

COLABORACIÓN DE LOS PAPÁS PINOCHISTAS

Cómo es Bebé.

Bebé es un niño guapo y, según las amiguitas de la casa, «tan mono...» Desde luego, he oído elogiar los ojos de Bebé, y, al mirarlos, comprendo que no fueron exagerados los elogios; de encontrarles alguna falta, sería la de cierta tristeza, un poco rara a los seis años. En cambio, no tengo ningún reparo en asegurar que la boca de Bebé es gordezuela, roja y cual si estuviera cuajada de una sonrisa. También podría destacar de la figura de Bebé la proporción de las líneas, la desenvoltura en el andar, el gracejo. No creo caer en la adulación si afirmo que Bebé es un niño encantador.

Mamá, sin embargo, está disgustada con Bebé. Recojo vuestro gesto de extrañeza y trataré de explicarlo. «¿Cómo es posible —preguntaréis— que mamá esté disgustada con Bebé? ¿No es toda comprensión, indulgencia, cariño? ¿Acaso no daría la vida por Bebé?» Sí, sí... En efecto, mamá, tan henchida de felicidad, es todo esto, y es todavía más: es la madre de un solo hijo: Bebé. ¿Os dais cuenta ahora de la razón de la idolatría de mamá por Bebé?

Bebé, además de un chiquillo bonito, es despierto de inteligencia;

asombra su poder retentivo y su laboriosidad admira. Posee en el fondo de su corazón un tesoro de ternura, que administra con largueza. Así, pues, Bebé es guapo, listo, noble... y, a pesar de ello, mamá, esto es, la quintaesencia de la bondad, no está satisfecha de Bebé. Decididamente objetaréis: «No acertamos a descifrar la charada».

Nada más sencillo, amigo lector; no hay tal charada, ni siquiera paradoja. Bebé sería un modelo si no fuera voluntarioso. Voluntarioso, y terco, y antojadizo e impertinente. Decir que esta reproducible conducta de Bebé trae apenados a papá y a mamá, no es decir apenas nada, conociéndolos como les conocéis. A mamá le entristece y a papá le malhumora. Desata los nervios, de suyo flojos, de Cesárea, el ama de llaves. Y provoca las burlas, nada piadosas, de Lola, la doncella, y de Damián, el mozo de comedor.

En los Almacenes cosmopolitas.

Hoy papá, al levantarse, llama a Bebé.

—¡Bebé, Bebé! —grita papá al fondo del pasillo.

Y al aparecer Bebé con medio carrillo untado de chocolate, papá, con sus manos largas y pálidas, le acaricia los cabellos tan rubios como el sol, que irrumpe en catarata gloriosa al través de los cristales del «hali».

—¿Quieres ir de paseo con papá, Bebé?

Bebé palmo-tea jubiloso.

—Quiero ir, papá.

Papá, en silencio, se calza los guantes. A poco papá y Bebé se despiden de mamá, que desde el balcón los contempla embelesada. En esta mañana invernal, es un placer salir a la calle. Las acacias en flor, el mismo bullicio y algazara de la ciudad, prestan a las cosas un encanto desconocido.

Como si papá leyese en la frente de Bebé, se detiene ante los escaparates de los Almacenes cosmopolitas, en plena Avenida de la Libertad. A primera vista, la multiplicidad de los objetos expuestos hace parpadear a Bebé. Pasado el fugaz deslumbramiento, Bebé se fija en rápida, pero avara ojeada, en todos los juguetes. En un triciclo, cuyas ruedas relucientes diríanse brindar una inesperada excursión carretera adelante. La hoja buida de un sable evoca marciales desfiles en la tarde azul. Una casulla asocia al olfato fragancias de incienso y acaricia al oído con la dulzura litúrgica del órgano. Pero un balón —un balón de marca, de los que para Zamora— comunica a los pies de Bebé un raro hormigueo, una insospechada agilidad y sana fortaleza.

Y tan encontradas emociones se exteriorizan en una petición, que es una orden a un tiempo.

—Papá —exclama Bebé—, cómprame...

Papá calla. Una vez dentro del establecimiento, papá dice al dependiente:

—¿Hace usted el obsequio de alcanzar ese triciclo?

—Antes de que el empleado haya vuelto con el pedido, Bebé replica:

—Papá, no quiero el triciclo; quiero el sable.

Y sin esperar la respuesta de papá, Bebé cambia de idea:

—Papá, tampoco quiero el sable; quiero la casulla. Mírala ahí, junto al bañero.

Tras la casulla Bebé prefiere el «puzzle», y el «pón de música», y Pinocho, y los patines, y los soldados, y...

Papá, sin desplegar los labios, compra todo, todo, todo lo que ansia Bebé.

Y Bebé esta como enajenado de felicidad.

...Dice la abuelita.

Al tercer día, por la tarde, Bebé no puede más: Bebé trata de salir del cuarto de los juguetes, le fastidian los juguetes, odia los juguetes; su pesadilla, delirante y febril, son los juguetes...

Y la abuelita, que lo comprende así y que ve sufrir a mamá y reír a papá —¡oh la risa de papá, que no quisiera sacar nunca a Bebé del cuarto de los juguetes!—, sienta en su regazo a Bebé, le seca las lágrimas, le besa, le arrulla, y con su voz despaciosa, un tanto cascada, le dice a Bebé:

—Mi querido Bebe, no olvides que en este mundo, para ser feliz, no hace falta poseer los juguetes; esto es, la riqueza, los honores, la posición social... Basta con desearlos.

TEODORO MUÑOZ CRESPO.

COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE MARZO



Charlot.
D. MOTILLA.



Mi mejor amiga.
ANGELITA PÉREZ ROS.



El primer diente.

Yo era un ser feliz, completamente feliz hasta que se me cayó un diente. De esta época arrancan mis primeras penas.

Verá usted, señor, cómo fue la cosa.

Un día, al ir a morder una corteza de pan..., ¡zas!..., mi diente, que temblaba más que una hojita en su árbol, se desprendió de su sitio con gran orgullo mío. Me parecía que desde este momento dejaba de ser pequeña. Y como yo tengo muchas ganas de ser mayor, comprenderá usted mi orgullo.

Sin duda entonces empezó en mí la vanidad, mi deseo de provocar la admiración. Así es que, en vez de reservarme mi alegría, yo hice una gran ostentación de tal suceso.

Locos de contentos mandaron mis papás que me pusieran el diente en una sortija.

¡Ay! Y aquí acabó toda mi alegría y empezaron mis desdichas. A la mañana siguiente, mi papá, después de mirarme unos instantes, le dijo a mi mamá: «Esta niña debe de ir al colegio». Mi mamá salió a buscar un colegio, y pocos días después, con mi traje azul marino con un cinturón charolado y un sombrero del mismo color, yo empecé a ir al colegio.

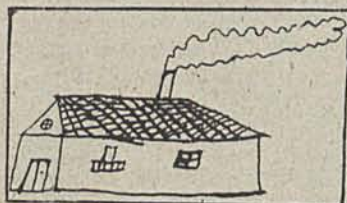
Desde entonces he aprendido muchas cosas, pero me he quedado sin muchas otras. Entre ellas, casi sin tiempo para jugar con mis muñecas; ¡qué pena!

Ahora me paso el día en el colegio. Voy por la mañana, voy por la tarde, y el poco tiempo que estoy en casa tengo que ponerme a estudiar. ¡Me han dado tantos libros! Gramática, Historia, Geografía, ¡qué sé yo!...

Ya ve, señor, si he pagado caro mi orgullo. ¡Pobres muñecos míos! Parecen enfermitos. ¡Si los viera qué tristes! Parten el alma. Ellos, que tanto disfrutaban antes de la vida. Una era mi hijita, el otro mi primo Pepe, ésta mi hermana, aquella una amiga del Retiro.

Sin duda entonces yo era un gran mágico. Si yo llego a saber esto... ¡A cualquier hora digo lo del diente! ¡Pícara vanidad!

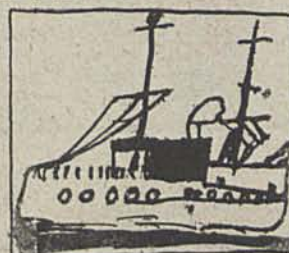
LUISA ALVAREZ ESQUERDO.
Doce años.



La casa de mi abuelo.
LORENZO GARCÍA.



Un indio.
EMILIO HONRADO.



Mi «yacht».
ANGEL MÖLLER.



Currinche.
FRANCISCO REQUENA.



Jugando.
LOLITA ARENAS.



El trabajo.
ANTONIO DE LA PEÑA.

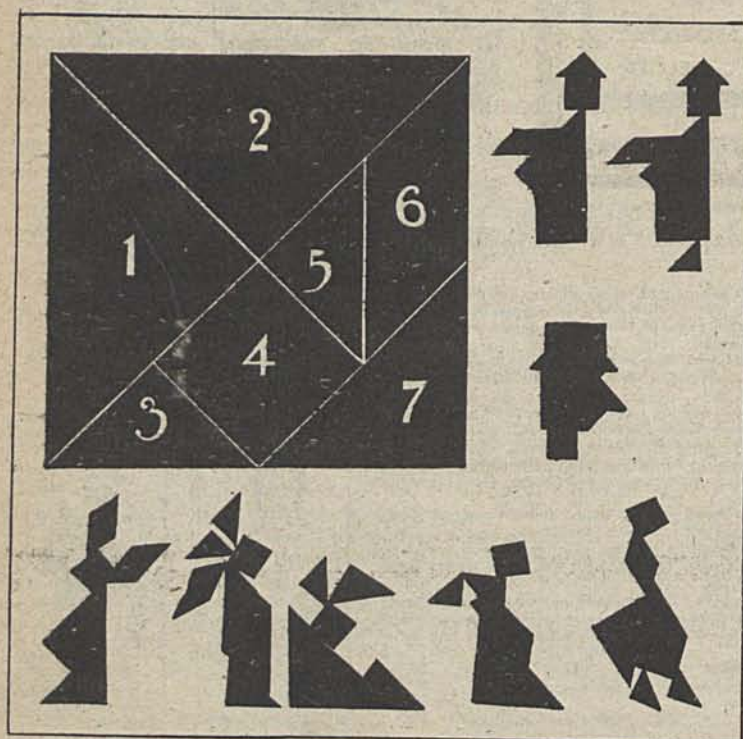


Un doctor.
ALFONSO FERNÁNDEZ.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL LOBO, EL ZORRO, LA VACA Y EL OSO



Por el título con que encabezo este dibujo creeréis que se trata de una fábula. Pues nada de eso; se trata, sencillamente, de que demostréis una vez más vuestras condiciones inquisitivas y halléis a estos cuatro animalitos entre ese laberinto de hojarasca. Parece que os estoy oyendo decir: «Pero este Pinocho está tonto. ¡Pues si hemos resuelto trabajos más complicados!» No lo dudo. Pero éste se me antoja que no es de los más fáciles. ¡Ea, pues, manos a la obra!



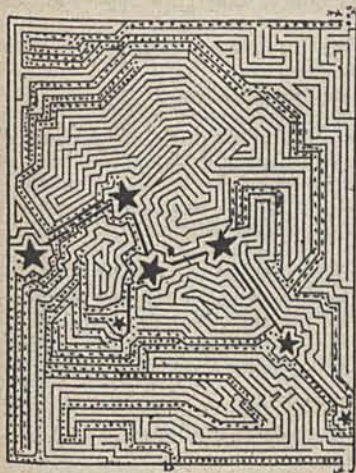
ROMPECABEZAS

Con las siete piezas que hay en el cuadrado superior del dibujo tenemos que formar cada una de las ocho figuras que os doy al lado del mismo. Estas figuras han de formarse poniendo en cada pieza su número correspondiente. Como veis, este rompecabezas es originalísimo. Podéis mandar, además de estas siete figuras, cuantas a vosotros se os ocurran, siempre que tengan alguna forma parecida a algo conocido, como, por ejemplo, un hombre, una mujer, un mueble, una casa, etc., etc. Para hacer esto basta con colocar en una cartulina las siete piezas tantas veces como figuras queráis hacer.

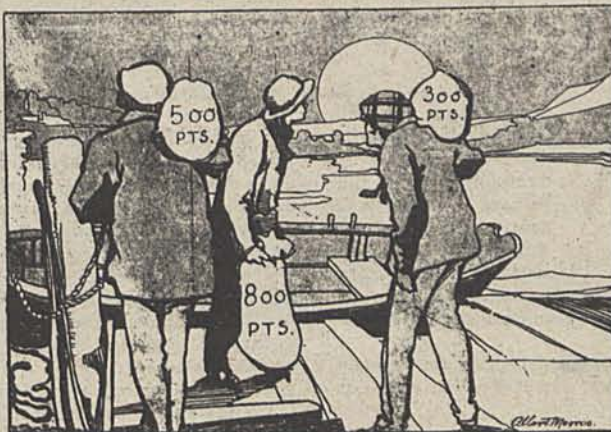
SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE JULIO

NÚMEROS 124, 125, 126, 127 Y 128

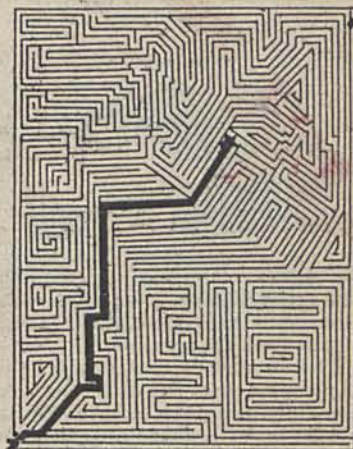
LABERINTO



VADO DIFÍCIL



LABERINTO



1.º Movimiento. Pasa Jorge con 500. 2.º Vuelve Jorge. 3.º Pasa Samuel con 300. 4.º Vuelve Samuel. 5.º Pasan Jorge y Benito. 6.º Vuelve Benito con 300. 7.º Pasa Samuel con 800. 8.º Vuelve Jorge con 500. 9.º Pasan Jorge y Benito. 10. Vuelve Samuel. 11. Pasa Samuel con 300. 12. Vuelve Jorge, y 13. Pasa Jorge con 500.

DIBUJO CON ERRORES



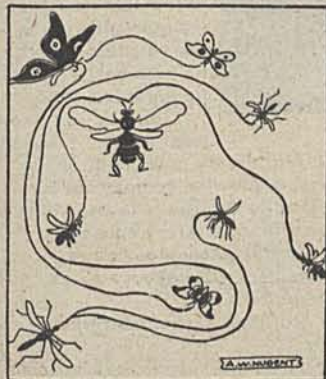
DIBUJO CON ERRORES



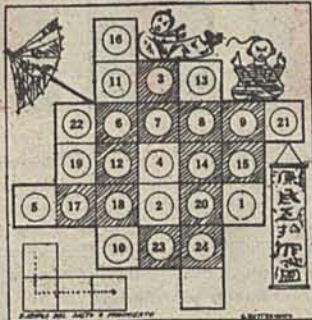
1.º Falta paleta al ventilador. 2.º Falta pata al despertador. 3.º Solapas desiguales. 4.º Falta apoyo para un pie. 5.º Falta hilo al teléfono. 6.º y 7.º Dos faltas de ortografía. 8.º Falta agarrador. 9.º Falta contera. 10. Agarrador del cajoncito descentrado.

1.º Chanclos diferentes. 2.º Botones del pantalón al mismo lado. 3.º Botones diferentes. 4.º Lazo del sombrero al lado derecho. 5.º Paraguas de caballero. 6.º Dos cintas en el paraguas. 7.º Agarrador del bolso roto. 8.º Zapatos diferentes. 9.º Cinta del paraguas mal colocada. 10. Falta corbata, y 11. Gabán mal abrochado.

ROMPECABEZAS

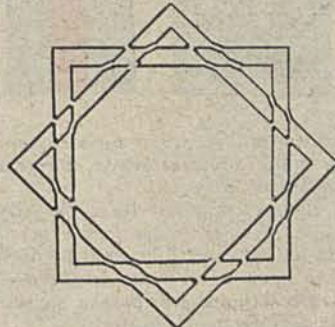


EL SALTO DE CABALLO



Los saltos son: 2-6-13-4-1-21-4-1-10-2-21-10-2-5-22-16-1-13-6-19-11-2-5-22-16-5-13-4-10-21.

DIBUJO COMPLICADO

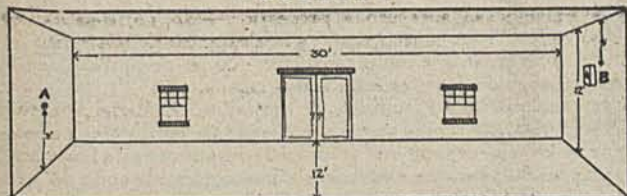


ROMPECABEZAS



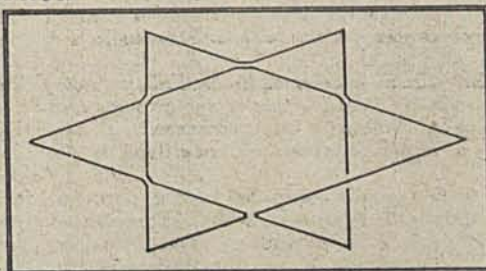
Colorín.

PROBLEMA



La distancia más corta es de 41 pies.

DIBUJO COMPLICADO



SECCIÓN PIRULA

**CHARLAS DE
PIRULA... TA-
PICERA**



El Diván de la Bella Durmiente. — Julita está loca de alegría; sus papás se mudan de domicilio y en la nueva casa le destinan un cuarto para ella solita.

Este cuarto es alegre, bonito, claro, pero diminuto; ahora que esto no es ningún inconveniente; obliga a tener pocos muebles; así cada uno tiene que servir para varios usos, y ¡se cuentan tan graciosas combinaciones para aprovechar espacio!

Precisamente, la gran alegría de Julita consiste, más que en nada, en que va a tener una cama originalísima, que es a la vez cama, diván, biblioteca y estante para *bibelots*.

Aquí tenéis la cama-diván de Julita; un trozo de tela a cuadros, en dos tonos, vivos, que hace juego con la tela que cubre la cama y con los almohadones, se coloca en la pared, entre la cama y una tablita, que, con otra tablita igual, clavada a una distancia de unos centímetros más arriba, forma la biblioteca donde Julita dispondrá sus libros predilectos.

Y, sobre la tablita superior, colocará una lamparita con su pantalla, un florero, algún cacharro y, sobre todo, colocará... ¡mi retrato!

Sí, mi retrato, o sea una Pirula de madera recortada, parecidísima a mí, a la cual Julita ha tenido la feliz ocurrencia de pegar con sindeticon un pequeño taco de calendario.

Y ya está lista la cama-diván-biblioteca-estante.

Julita, entusiasmada, afirma que su deseo sería tumbarse en su nueva cama y, convertida en la Bella Durmiente, dormirse para no despertar hasta que transcurran cien años.

A lo mejor, deduciréis, de este singular deseo de Julita, que es una grandísima holgazana, a quien le gusta dormir más de lo que debiera gustarle. Pues no es así; Julita —Pirulinda perfecta— no puede tener tan feo defecto como es el de la holgazanería; si ella envidia a la Bella Durmiente es porque le parece maravilloso eso de ver el mundo tal como será dentro de un siglo.

Bien se ve que Julita no conoce la continuación del cuento de la Bella Durmiente, donde se ve lo que fué la existencia de la princesita después de su boda con el príncipe que la sacó de su sueño secular.

¿Vosotros si la conocéis? ¡Quiá! Sabéis, sí, que la Bella y su esposo tuvieron dos hijos preciosos, y que la madre del príncipe era una terrible ogresa que quiso comerse a sus nietecitos y, al ver descubierto su propósito, se arrojó de rabia a un tonel lleno de víboras, que la devoraron.

Eso lo sabéis, porque es la segunda parte del cuento; pero no sabéis más; yo, sí. Yo sé todo lo de la vida de la Bella Durmiente, que no se ha escrito todavía; me lo ha referido un pajarito; mejor

dicho, una pajarita, la gentil Pifa, que ya sabéis que figura en las «Aventuras» de nuestro gran Pinocho, y que es muy amiga mía.

Por Pifa he sabido que la pobre Durmiente fué muy desgraciada e hizo poco dichosos a cuantos la rodeaban.

Entre otros motivos de disgusto, tenía el de su edad; claro que despertó tan bella y tan joven en apariencia como cuando se pinchó con el huso de la vieja hilandera. Pero lo de joven no pasaba de ser una apariencia; en realidad, si entonces tenía quince años, un siglo después tenía exactamente ciento quince. Y como el príncipe acababa de cumplir los veinte, ella le llevaba nada menos que noventa y cinco años; es mucho, es demasiada diferencia de edad en un matrimonio, ¿no os parece?

Pues lo peor no era eso, sino que la pobre Durmiente lo extrañaba todo y por todo se escandalizaba; se negó siempre, rotundamente, a viajar en ferrocarril; tenía que ser en carroza de caballos; dentro de la ciudad misma, les tenía prohibido a sus hijos tomar un taxi; solamente podían ir en litera, despertando así la curiosidad y las burlas de todo el mundo.

En los bailes se indignaba mucho porque ya nadie bailaba la gavota o la pavana, y declaraba grotesco el charleston y el black-

bottom. Por nada en el mundo consintió en adoptar las modas actuales; escandalizada de que las señoras llevasen el pelo cortado y las faldas breves, ella seguía ostentando miriñaques, pelucas empolvadas y corsés entalladísimos; y el príncipe se avergonzaba al compararla con las demás señoras de la corte, al lado de las cuales parecía que la princesa estaba disfrazada.

A los principitos los traía fritos; les encontraba una manera de ser demasiado diferente de la de los niños de «su tiempo»; ¡y «su tiempo» era un siglo antes! De suerte que les reprendía por todo, por su modo de hablar, de estudiar, de comer, de jugar, de todo.

Y aún no era eso lo más grave, sino que

los papás y los criados de la Bella Durmiente, que se durmieron y se despertaron todos al mismo tiempo que ella, compartían su actitud y estaban en lucha constante con la familia y la servidumbre del príncipe. Total: que en el palacio la vida salía a lucha diaria.

No se hubiera solucionado esta terrible situación, a no ser porque un día la Bella Durmiente quiso manejar de nuevo un huso y de nuevo se pinchó y de nuevo se quedó dormida.

Dos médicos diagnosticaron un profundo sueño letárgico, y añadieron:

—Afortunadamente, hoy día, la ciencia dispone de remedios seguros para este género de enfermedades; vamos a proceder a despertar a Su Alteza.

Pero el príncipe se apresuró a protestar: —No, no, dejadla; no vayan esos remedios a sentarla mal; ya se despertará ella solita.

Y añadió aparte, sin que nadie le oyera: —Sí, se despertará dentro de cien años; para esas fechas... todos calvos.

Este es, mis queridas Pirulindas, el verdadero final del cuento de la Bella Durmiente. Como veis, un sueñecito de esos ofrece pocos atractivos; más vale, cuando nos dormimos, despertarnos a las ocho horas, aun cuando se duerma en mueble tan agradable como lo es la cama-diván de Julita; ¿no os parece?

